

—Pues bien,—siguió el contador;—todo cuanto se ha dicho respecto á ese socorro, es una farsa, es una impostura.

El almirante sabe perfectamente que, si no halaga la esperanza de cuantos estamos á sus órdenes, la rebelion estallará y se le despojará del mando; y hombres como Colon, tan ambiciosos, todo lo sacrifican á sus miras particulares, y quieren convertir á todo el mundo en instrumento suyo, en esclavos de su caprichosa y codiciosa voluntad. Sólo así es como quiere tenernos sujetos, porque sólo así podría encontrar en nosotros un apoyo que no merece.

¿Creeis, por ventura, que piensa en volver á España.

—Así lo ha dicho,—contestó el mayordomo.

—¿Qué otra cosa podría decir para halagaros?

No se le ocultan á él vuestros fervientes deseos, y procura entreteneros con ilusiones engañosas.

Pero meditar un poco. Reflexionad sobre la posición que ocupa el almirante en la córte de España.

Colon hoy no es el favorito de los reyes; no es el hombre lleno de honores y condecoraciones que está, como por un capricho de la fortuna, esclavo algun tiempo; no es, en fin, el hombre que está ejerciendo una maravillosa influencia sobre los soberanos.

Al fin se le conoció; se comprendieron sus propósitos, y decayó de la gracia que le venia dispensando la córte.

Colon no es hoy más que un desterrado.

¿Y qué proteccion esperais de un desterrado?

Creedme: es el mayor de los absurdos esperar en el almirante.

Y no sólo el destierro de España el que hoy le oprime, sino que tambien le está cerrada la Española.

En las críticas circunstancias en que se encuentra actualmente, sólo puede limitarse á permanecer aquí y á arrastrar á su infortunio á la gente que le rodea.

Si no abrigara profunda confianza en vuestra sinceridad, no os revelaria un secreto que lo aclara todo, y ante el cual no caben ya las dudas ni las conjeturas. Creo que me lo agradeceréis, no sólo por que os distinguo con mi deferencia, sino por que es secreto que importa mucho á vuestro bienestar y á vuestra suerte.

—Decidlo pronto,—exclamaron algunas voces, entrecortadas por la emocion y la ansiedad.

—Fiesco, el compañero de Mendez, es completamente nuestro.

—¿Y qué?—dijo el mayordomo despues de una breve pausa.

—Que Fiesco no quiso marcharse sin estrechar con nosotros la mano de amigo, y darnos una prueba inequívoca y evidente de su verdadero afecto.

Colon quiso ganarle con dádivas y promesas, y él creyó oportuno hacerse el crédulo y pasar por engañado; pero comprendió que su salida era lo mejor para apartarse de estas regiones y para concluir de sufrir tanto, aceptó la mision y se marchó.

—¿A dónde?—preguntó el mayordomo.

—A España,—contestó el contador con aire grave

y en el tono en que se habla cuando se cree haber conquistado un gran triunfo.

Esta contestacion impresionó hondamente á cuantos le escucharon.

—Pues nos engañan miserablemente;—dijo uno de los sargentos.

—Nos engañan,—exclamaron los demás con exaltada indignacion y subiendo la voz un punto más de lo que convenia á Diego Porras.

—No os alarmeis,—les dijo,—procurad calmaros, que nuestro deseo no es otro que vuestro bien, y pore so me he atrevido á hablaros sin rodeos, por que no quiero que ignoreis nada de lo que está pasando.

Pero tranquilizaos y procurad tener gran prudencia y discrecion para tomar las medidas que han de ser precisas para dar el golpe.

Portaos como hombres dignos de la mision que habeis de desempeñar. Si no contara con vuestra perspicacia y con vuestro conocimiento, no me hubiera atrevido á usar con vosotros un lenguaje tan franco y tan expresivo.

—No os arrepentireis de esa confianza: somos caballeros y cumpliremos como tales,—dijo Dominguez.

—Mendez y Fiesco han ido á España para poner en juego todas las relaciones de Colon, é interesar á los reyes para que le levanten el destierro.

—Entonces,—exclamó el mismo sargento,—fácilmente se explica la tardanza que tanto nos agita y

preocupa. Pero bueno es tenerlo presente, y así sabremos á qué atenernos.

—Para concluir,—les dijo,—el dia que se dé la voz que ha de poner término á situacion tan angustiosa, tendreis un jefe digno de tal empresa: este será mi hermano Francisco Martin, de cuyo valor y pericia no debeis dudar nunca. De acuerdo con él os he hablado, y en su nombre puedo deciros que conteis con su afecto y con el interés más generoso para hacer que en su dia se premien vuestros servicios. Tened en cuenta que las canoas de los indios y estas mismas naves, repuestas y aderezadas, podrán conducirnos á la Española, donde el gobernador Ovando, enemigo encarnizado de Colon, nos recibirá con entusiasmo y aplaudirá nuestra resolucion.

Y cuando en la córte de España se sepa nuestro acuerdo y nuestro heroismo, tendremos en el obispo Fonseca un decidido protector, porque ya sabeis que conoce bien á Colon y que le quiere muy mal.

Impresionados fuertemente se separaron aquellos cinco hombres pensando en la hora de la rebelion que habia de emanciparles de tan enojosa y crítica situacion.

Se acercaba el dia de Noche-Buena.

Y esa noche de dichosos recuerdos para todos los que allí se encontraban, pensando en su patria y en su hogar, fué una noche cruel y de sufrimiento.

Esta era una magnífica ocasion para dar el golpe; pero el sargento Dominguez habia meditado mucho, y

se inclinaba al lado de Colón, aunque de un modo pasivo.

Esta circunstancia hubiera contrariado los planes de los Porras si las privaciones y el hambre no hubieran apurado el sufrimiento de todos.

Capítulo LVIII.

Un festín en víspera de un motín.

El día de Año Nuevo lo pasaron los conjurados en medio de la más desenfrenada alegría.

Dispuestos como estaban á jugar el todo por el todo, procuraron reunir mayor cantidad de víveres, y quisieron celebrar con un festín la entrada del nuevo año.

—¿Qué puede suceder?—dijo Francisco Martín Porras.—¿Que el almirante se incomode, que nos prohíba entregarnos á la orgía?... ¡Ojalá! De este modo, con no obedecerle le exasperamos, toma alguna medida violenta, nos rebelamos, y con un pretexto que justifique nuestra desobediencia, no habrá quien nos contenga.

Animados todos del mismo pensamiento, dispusieron lo necesario para el banquete.